

"1943. La voz de los cuartetos.

"1943. Realización de un anhelo: Celia.

"1953. La confianza en el hombre T. S. Eliot".

En esta nómina respetable se suceden las figuras no entera ni voluntariamente humanas de los poemas, como Tiresias o los hombres huecos, los hombres de paja, y los personajes de las obras de teatro. Aún más, se intercalan como "voces" las de los *Cuatro Cuartetos*, que, de serlo, se confinan a la música de ideas, lo más ajeno al tablado y a los conflictos de esta otra especie de hombres huecos que son los "papeles" teatrales. Es verdad que, hábilmente, la autora coloca el capítulo sobre los Cuartetos al final de su ensayo, como confirmación última de una ascesis que ha debido vestirse de muchos cuerpos para alcanzar la negación de ese lujo; pero ello no quita el que haya forzado las fechas de manera perceptible. Más importante, aunque tal vez más fácil de contestar, nos parece un segundo reparo. La continuidad de la obra de Eliot, que pasa del poema casi lírico al monólogo dramático, que reconoce incluso una deuda con Robert Browning, insuperado en este género, y de aquí al poema dramático y al Oratorio y a la obra de teatro, es indudable. Eliot mismo la justifica por lo demás en forma brillante y abstracta en *The Three Voices of Poetry*. Pero la menor energía poética de que ha hecho gala en su teatro es también circunstancia que merece discusión. Este ensayo la ignora. Reconocemos que no está en su órbita el calificar los poemas de Eliot, líricos, dramáticos o teatrales, en escalas de valor o disgusto; que para su propósito cada una de las obras de Eliot es un hecho y que el significado de ese hecho se desprende para la autora de la intención del hombre que la escribió. Sabemos asimismo que la desconfianza hacia las calidades literarias del teatro de Eliot es pecaminosa para muchos. Y con todo hubiéramos querido que se apuntara alguna discriminación entre unas obras y otras; que se señalara al menos su diferencia como un problema de interés.

Nada de lo recién dicho disminuye en un codo ni un dedo las alturas por las cuales Esperanza Aguilar nos conduce. Como dice el propio Eliot: "A Cat is not a Dog". "Again I must remind you that.

A Dog's a Dog —A CAT'S A CAT."

A. U. A.

<https://doi.org/10.29393/At397-92SEFD10092>

Surazo, de MARTA JARA.

Sociedad de Escritores de Chile. Edit. Universitaria, 1962.

La publicación de *El Vaquero de Dios*, en 1949, fue elogiada sin reticencias por los críticos acartonados, por los anticriollistas y aun por los de paladar superfino.

Marta Jara entró en puntillas, ajena al ditirambo bullicioso de una publicidad enfermiza con que algunos noveles escritores caldean el ambiente para asegurar la venta de sus libros. Nuestra cuentista convenció desde el

principio por su relato veraz, penetrante y ágil, matizado por tenues toques poéticos y denso en su brevedad cuando los campesinos dialogan, cuando sus personajes actúan y permiten que el lector penetre sin esfuerzo en sus penas y alegrías, en sus pasiones y sentimientos.

En los cuatro cuentos de *Surazo*, Marta Jara ha dado un paso firme hacia adelante, pues vemos que el estilo se enriquece, el relato se desliza con rasgos firmes y anécdotas atrayentes. No deslumbra, atrae imperceptiblemente, invita, y el lector se deja seducir por sus encantos. Junto a la palpitación vital y a la naturaleza bravía, que más que telón de fondo es personaje vivo y dominador, se agita un mundo de carne y hueso, extraño y brutal, pero bellamente iluminado también por la ternura viril que nos impresiona, como acontece en "El Hombrecito".

Estas cuatro narraciones poseen un ritmo vital lento y penetrante. Es la condición misma del elemento humano que desde el principio adquiere contornos propios; no son títeres que entran en escena a empellones y que a cada movimiento están traicionando al escritor. Si alguna virtud podemos señalar en *Surazo* es precisamente el dinamismo nacido desde las entrañas mismas de la narración, dinamismo que está, por cierto, muy en consonancia con el modo de ser primitivo de los personajes, pero no por eso menos subyugante.

En el primer cuento, que se titula *Surazo*, hay un doble dramatismo: el humano y el de la naturaleza implacable:

"Y el viento barriendo, galopando las islas semejante a demonios que atronasen horrisonos, desatentados... y la lluvia cayendo, cayendo interminable como una mortaja de angustia sobre la tierra inerme; deslizándose como el alba gris de la que no nace el día, solapada, constante y sin rumor; goteando, mirando sin prisa, inexorable, en el silencio obstinado y tenaz; cumpliendo circuitos sin término, anudando siglos sin memoria al tiempo detenido entre hierbas pútridas y aguadas."

Con técnica y habilidad la escritora interpola elementos supersticiosos, que en su misteriosa realidad, aviva la imaginación y enriquece el relato, dándole una tónica de verismo de alta categoría. El maullido de un gato hiere la noche, cruza la habitación y salta sobre la cama; el aleteo brusco del gallo seguido de su canto soñoliento presagia a su vez no se sabe qué tristes augurios.

Nos ha llamado la atención en el aspecto formal, la adjetivación frondosa y expresiva de Marta Jara. No constituye un relleno inoperante, una verborrea vacua, que sirve sólo para llenar cuartillas. Es una forma estilística ya usada por otros, pero que conviene destacar aquí, pues no siempre la hallamos en nuestros narradores y en este caso particular, da al relato un atractivo especial. "Pies desnudos, anchos y fuertes", "semejante a un rey altivo y digno", "día casi sin luz, nebuloso y turbio, parece detenido, inanimado bajo el redoble tétrico de la llovizna", "permanece sentado, estólido,

ignorante", "chaquetilla corta, oscura, indefinible, gastada y sucia", "rápida y diestra astilló un palo y una lengua larga, viva y leonada lamió la tetera ya puesta".

"El Hombrecito" es un breve y encantador cuento en el que se entrelazan, para obtener una mayor plenitud estética, el rasgo pictórico y el detalle realista, la simplicidad psicológica y la ternura viril de un niño.

"El Yugo" posee otra orientación, penetra en la siquis de un anciano, aislado involuntariamente, pero deseoso de conectarse con el mundo que le rodea. Sentado en su sillón se interesaba por todo, pero cuando hablaba caía sobre él una mirada glacial y reprobatoria que lo hacía enmudecer. De pronto el anciano se reanima y en una joven visitante, educada y comprensiva, halla la ocasión para volver a vivir su mundo ya lejano, pero febrilmente amado.

Un análisis superficial podría emitir un juicio adverso, porque en realidad un cortaplumas parece ser un tema poco fecundo. Pero en este caso la intuición de Marta Jara ha sabido leer las entrelíneas y auscultar con sagacidad la tónica monótona de un hombre ya vencido por la vida, pero que evoca su pasado porque constituye para él la razón de ser de su existencia.

Es un caso de transferencia psicológica de ritmo lento, mas sus raíces se hunden en la visión retrospectiva, cuyas ramificaciones se pierden en los recuerdos, aunque el anciano trate de inyectarle vida por todos los medios.

La escritora pudo haber caído en lo soso y sensiblero. Nada de eso. Su "Yugo" es digno de antología por lo humano y bien escrito. La tendencia monologuista del abuelo, el silencio entrecortado de la joven, la persistencia de "mi cuchilla", el avivamiento de las vivencias, el afecto contenido, el anhelo revivido, el sentirse "alguien", la interacción de la naturaleza y el dramatismo oculto que se transforma en emanación, son elementos bellamente armonizados para producir un efecto inesperado.

Esta es otra cualidad de Marta Jara, saber empezar, condensar y dar desenlace a una narración breve. No pocos se quedan a medio camino, complican desesperadamente los elementos, no saben qué hacer con sus personajes, pues unos adquieren dimensiones desmedidas y otros pasan sin pena ni gloria.

El arte del cuento está erizado de púas; no sólo los ingenuos empiezan por ahí, los ingenuos y los favorecidos por los dioses, que en este aspecto son poco regios.

Marta Jara nació con estrella, otros nacen estrellados. ¡Así es la vida!

Pero este saber empezar, continuar y dar feliz término al relato, exige también que el artista ponga énfasis en otros muchos aspectos que, pasados por alto, crucifican al escritor. La fidelidad al ser humano en sus ideales, amores, tragedias y minúsculos problemas es tarea por demás llena de sinsabores. Escaparse por la tangente, mostrarse indiferente o parcelar las zonas del espíritu, detenerse en un detalle y perder de vista el conjunto, deleitarse morbosamente en ciertas armonías estilísticas, descuidando el impulso vital, no es algo desusado en algunos noveles escritores. Prefieren enmarañar las

acciones, retorcer el pensamiento y ofrecer casos clínicos, que en no pocas ocasiones constituyen un "Yo acuso" contra el audaz que los engendró tan prematuramente.

Marta Jara no va por esta senda; prefiere la simplicidad transparente, que como en "El Vestido" se reduce a "un vestido". Es curiosa esta preferencia. ¿Curiosa? No, es natural en una dama.

No importa el núcleo de la narración. Lo que interesa es el modo de valorar el yo y sus circunstancias. La vida es laberíntica, reducirla a fórmula es estrangularla. Por eso, cuando un escritor como Marta Jara con dimensiones de autenticidad literaria abre en abanico las potencialidades contenidas en un quid aparentemente intrascendente, pero esencialmente vital, no podemos menos que elogiarla.

¿Criollismo? Sí, pero de ése que bucea en las profundidades del ser, del que deleita en consonancia con la verdad. No advertimos ni un maravedí humorístico. Su arte toma la senda escabrosa de las trizaduras del alma.

¿Resultado?

Surazo, subyuga y emociona.

Francisco Dussuel Díaz.

José y sus hermanos, de THOMAS MANN.
Editorial Ercilla. Santiago, 1962.

La historia de José, patriarca hebreo, hijo de Jacob y de Raquel, está consignada con infinitos detalles en el Génesis y en la duodécima "sura" del Corán. Su figura cobra relieves fantásticos, sin perder sus valores humanos, reales, de significación política y filosófica. Es lógico que la ambivalencia del personaje haya producido raudales de literatura. Poetas y sociólogos han estudiado a José como organizador de pueblos y en su calidad de hombre que rompe los horizontes de su época.

Thomas Mann le dedicó cuatro volúmenes con el título general de *José y sus hermanos*. La Editorial Ercilla publica la versión castellana de la tetralogía. Los traductores son José María Souvirón y Hernán del Solar. La traducción, única autorizada por el autor en castellano, ha sido hecha consultando el original alemán y las versiones al francés y al inglés. En una nota se indica: "Se ha seguido en ella el tono esencial del autor, es decir, un tono en el que se mezclan lo sencillamente narrativo con ese matiz entre solemne y misterioso que caracteriza todo lo bíblico y que no excluye, junto a los más extraordinarios y grandiosos personajes, expresiones, frases y modismos, muy corrientes, actuales y poco propios en labios de tales personajes".

Difícil ha debido ser el trabajo. Necesario, al mismo tiempo, porque una traducción literaria de la obra de Thomas Mann deshace las galas de su estilo y no capta la frecuencia de los malabarismos conceptuales.

En la literatura española existe un "Poema de José". Lo escribió un